

Las últimas letras en la profundidad del campo

Felipe Valdivia

El aspecto foráneo no pasó inadvertido. Cuando bajaron del bus, Demetrio no requirió analizar detalles mayores para identificar a sus clientes. Uno vestía chaqueta de cuero y dejaba atrás un caminar elegante y pausado; el otro era inquieto y curioso ante las referencias palpables del lugar. Por lo general, en el pueblo no era costumbre recibir visitas de estas características. El rumor se echó a correr, como la brisa de la tarde que entraba por el Este. Un periodista y un fotógrafo construirían un reportaje sobre esa vida, como un atractivo de quien visitara posteriormente el sector. Hasta entonces, el transcurso del tiempo seguía su carril monótono, pero después que Demetrio recibiera el llamado telefónico que transportó la consulta sobre sus servicios de chofer, el rumor confirmó la algarabía de los habitantes. El acontecimiento era celebrado igual como en el aniversario municipal. La presentación fue cordial y corta.

—Él es Carlos, yo soy Hernán —indicó con una mano, mientras la otra la ocupaba en un apretón de ritual. El enorme peso de las maletas con ropa y elementos fotográficos estuvieron en la alusión de Demetrio al cargarlas sobre la camioneta. En el trayecto hacia la hospedería, las preguntas de Hernán acecharon el incipiente silencio entre los tres. El ojo fotográfico de Carlos apuntaba atento, tomando apuntes mentales sobre los sitios naturales para retratar. Acordaron que Demetrio los pasaría a buscar por la tarde. En la espera, analizaron el mapa con lugares característicos. Demetrio, en cambio, se fue a tomar su vinito de mediodía. De ninguna manera podía comerse un plato de garbanzos sin el líquido añejo de un vino en la forma de una copa. Cuando recogió a la pareja por la tarde, logró analizarlos mejor.

—Buenas tardes don Hernán. ¿Dónde quiere los lleve? —fue su primera pregunta que estuvo

adornada por un susurro campesino. Tenían tantos lugares por recorrer, pero prefirieron comenzar por el más simple. Su consulta, en todo caso, fue tan inoportuna como infortunada, porque el acuerdo era que Demetrio oficiaría como guía para recoger el material adecuado para el reportaje.

—Usted dirá pues amigo —respondió Hernán después de algunos segundos. Entonces de nuevo el silencio abrazó la escena. Entre ruidosas divagaciones mentales, Demetrio anunció que lo mejor era comenzar conociendo la plaza, la iglesia y otros puntos de interés.

—Eso me parece muy bien —sentenció Hernán.

El periodista tomó algunos apuntes de las respuestas entregadas por Demetrio a cada dardo inquisitivo del periodista. Carlos, en tanto, encarceló algunos paisajes con su cámara que el camino delataba, tras la prisa del automóvil. En la plaza, los pobladores curiosos se acercaron a Demetrio, quien ufano presentó a los amigos periodistas. Llamó la atención la pileta de fines de 1914, construida en Francia con exclusivas esculturas de ángeles que, con el paso de los años, tiñeron la virginidad del color blanco, a consecuencia del polvo esparcido descuidadamente. El pueblo tenía su historia. La cámara fotográfica de Carlos era moderna. Aquella maquinaria asombró la curiosidad de Demetrio, porque el encuentro con la modernidad fue de tan de golpe e improvisado que sarcásticamente llegó a emocionarse. Y como Demetrio no aguantaba sus tragos de timidez, le pidió a Carlos que le sacara una fotografía con el ángel de fondo. Al recorrer los pies de la iglesia se detuvieron en la gran puerta de entrada. Como también guardaba algunos datos interesantes, Hernán tomó nota y Carlos la postal. Demetrio aprovechó el retrato junto a